

Fábulas

André GIBERT

biblicom.org

Índice

1 - El fundamento seguro del cristianismo: el testimonio de los apóstoles dado en el poder del Espíritu Santo	3
2 - La oposición de Satanás impide que las almas se aparten de las «fábulas» y se unan a Cristo	4
3 - El peligro de apartarse de la doctrina de Cristo para volverse hacia las “fábulas”	5
4 - Permanecer en las cosas que hemos aprendido	7

Nosotros, los creyentes, todos debemos «dar mucha mayor atención a las cosas que hemos oído, no sea que nos vayamos a la deriva» (Hebr. 2:1). Asegurémonos constantemente de permanecer bien establecidos en la verdad, como sobre una roca sólida en medio de tierras movedizas. ¡Apartarse de ella es quedarse atascado!

1 - El fundamento seguro del cristianismo: el testimonio de los apóstoles dado en el poder del Espíritu Santo

El cristianismo tiene un solo fundamento, el que pusieron los apóstoles (1 Cor. 3:11; Efe. 2:20). Su predicación, cuyo tema central es siempre Jesucristo, la verdad, procedía del «conocimiento de la verdad que es según la piedad» (Tito 1:1) y se basaba en una doble certeza:

- Hablaban en calidad de *testigos oculares*. Pedro y sus compañeros habían estado con el Señor, «desde el bautismo de Juan, hasta el día en que fue elevado [arriba]», y así podían dar testimonio del hecho capital de su resurrección (Hec. 1:21-22). Pedro, Santiago y Juan habían visto con sus propios ojos la majestad de Jesús durante su transfiguración, muestra de su futuro reinado en la tierra (2 Pe. 1:16). Pablo, por su parte, no había conocido a Jesús según la carne, pero había «visto al Señor» (Hec. 9:27) en la gloria del cielo (1 Cor. 15:8). Así, los apóstoles hablaban de lo que habían visto (1 Juan 1:1-3; comp. con Juan 3:11).
- Pero un testimonio meramente humano no habría sido suficiente: el *Espíritu Santo* era el *poder de su testimonio* y de su predicación (Hec. 1:8). Esta acción del Espíritu Santo corroboraba las Escrituras del Antiguo Testamento y confería el sello divino a aquellas que, recopiladas y ordenadas, debían conservar la enseñanza apostólica y completar la revelación. «Toda la Escritura está inspirada por Dios» (2 Tim. 3:15).

2 - La oposición de Satanás impide que las almas se aparten de las «fábulas» y se unan a Cristo

Tan pronto como se difundió la Palabra de Cristo, una de las tácticas del enemigo fue ahogarla en un torrente de doctrinas y supersticiones de apariencia religiosa, tomadas del judaísmo, de las filosofías racionalistas, de los mitos y de los misterios paganos. Estas últimas, que apelaban a la imaginación, respondían a las aspiraciones de los hombres hacia lo sobrenatural, por lo que tuvieron un gran éxito en todo el Imperio romano, junto al paganismo oficial, que carecía de gran consistencia:

- El orfismo o culto a Dioniso, cuya influencia era antigua y fuerte en el mundo griego.
- Las religiones orientales de Cibeles frigia o Mitra, el dios sol de Persia y Siria.
- Las divinidades egipcias, Serapis e Isis, cuya popularidad era tan grande en Roma.

Entre los judíos, se exageraban los conceptos que pretendían estar relacionadas con las Escrituras, pero que añadían invenciones de todo tipo: la mezcla de tradiciones hebreas y especulaciones filosóficas, pitagóricas u otras, preparó el sistema gnóstico que floreció poco después.

Era fácil, tanto para los ignorantes como para los adversarios del cristianismo, asimilar la nueva doctrina a las fantasías que abundaban. «¿Qué quiere decir este charlatán?», se preguntaban en Atenas al oír a Pablo (vean [Hec. 17:18](#)). Más bien son nuevas divinidades, decían otros curiosos. Trae novedades en las ciencias secretas, se decía en otros lugares (vean [Hec. 19:13-16](#)).

Los apóstoles se levantaban con vigor contra estas comparaciones blasfemas entre la Verdad y las fábulas. «No os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo con ingeniosas fábulas, sino que fuimos testigos visuales de su majestad», escribe Pedro; y añade: «Tenemos más firme la palabra profética... hombres de Dios hablaron guiados por el Espíritu Santo» ([2 Pe. 1:16, 19-21](#)). Pero no bastaba con afirmar que el agua pura de la Palabra de Dios no tenía nada en común con la corriente corrupta vertida por la imaginación humana, había que impedir que se alterara al entrar en contacto con ella. De ahí las exhortaciones de Pablo, en particular a Timoteo y a Tito, a apartarse de las fábulas; estas, pretendiendo embellecer y completar la verdad, en realidad solo buscaban arruinarla. Timoteo debía ordenar

«no prestar atención a fábulas y genealogías interminables» y tenía que rechazar «las fábulas profanas propias de viejas»; Tito debía reprender severamente a los cretenses que corrían el peligro de entregarse a «fábulas judaicas» (1 Tim. 1:4; 4:7; Tito 1:14; vean Col. 2:8, 18; 2 Tim. 2:16, 23; 3:9).

Así era en los albores del cristianismo. Se salía de los «tiempos de ignorancia» (Hec. 17:30); era necesario establecer la verdad, presentarla completamente nueva a personas que, nacidas judías o paganas, al convertirse al cristianismo se apartaban de las tinieblas hacia la luz, del poder de Satanás y de los ídolos hacia Dios. Era necesario apartarlos de las fábulas y llevarlos a la doctrina de Cristo.

3 - El peligro de apartarse de la doctrina de Cristo para volverse hacia las “fábulas”

Hemos llegado al ocaso del período cristiano y, por desgracia, asistimos al movimiento inverso, que ciertamente comenzó hace mucho tiempo (2 Tim. 4:3-4): los que llevan el nombre de cristianos se apartan de la doctrina de Cristo para volverse hacia las fábulas.

Desde siempre, los falsos doctores han suscitado herejías; hace muchos siglos que la «mujer Jezabel, que se dice profetisa», enseña y lleva a los esclavos del Hijo de Dios a comer cosas sacrificadas a los ídolos (Apoc. 2:20; vean también Hec. 20:30; 2 Pe. 2; Judas 4-19). Pero nuestra época tiene de manera particular el carácter del tiempo que anunciaba Pablo, un tiempo en el que son los oyentes los que reclaman el error. «No soportarán la sana doctrina, sino que... apartarán el oído de la verdad y se volverán a las fábulas». Ya no son solo víctimas de falsos maestros, sino que: «se amontonarán para sí maestros, conforme a sus propias concupiscencias». ¿Por qué? Porque tendrán «comezón por oír» (2 Tim. 4:3-4). La verdad no solo ha perdido su sabor para ellos, sino que les resulta desagradable e insoportable.

La caída del hombre, su naturaleza pecaminosa, la perdición, el juicio venidero, la necesidad de un Salvador, el regreso de Cristo como juez de vivos y muertos, en resumen, el hombre apartado para dejar lugar solo a Cristo, todo esto choca y ofende; los que retienen estas nociones pasan por retrasados. ¡Se desea hablar del hombre en su beneficio, alabar los recursos de su mente y su corazón! ¡Se quiere liberar de los dogmas anticuados! Y se halaga al «viejo hombre» con su orgullo y sus codicias... Así es como “los oídos se apartan de la verdad” y se recurre a las fábulas.

Mientras que, tachando de mentirosos a los apóstoles, se califican de legendarios los relatos evangélicos y se ven en los milagros fábulas ingeniosas, se aceptan las novedades más falaces e ingeniosas. Se pretende ir más allá de la Palabra de Dios en el ámbito de las cosas invisibles; se cree descubrir los secretos del más allá, penetrar en el mundo de los espíritus, captar poderes sobrenaturales. Esto entre personas que profesan ser cristianas, están bautizadas y asisten a los servicios religiosos. Y el peligro de ser seducido existe para todos.

Peligros diversos, según los entornos y los gustos. Pasemos por alto las 1.000 supersticiones que vemos perpetuarse o renacer, y que van desde las más burdas hasta las más sutiles. La astrología se ha modernizado con éxito, y nos sorprende ver a faquires, astrólogos y adivinos hacer fortuna en un mundo supuestamente cristianizado. ¿Quién dirá hasta dónde nos puede llevar la curiosidad? El ocultismo, el espiritismo ya antiguo o joven metapsíquica, causan estragos cada vez mayores, y con razón se han alzado muchas voces de alarma al respecto.

No menos grave es el peligro de querer adaptar la verdad a la moda intelectual del momento. La investigación científica ha abierto al mundo visible perspectivas desconocidas para las generaciones anteriores, hasta el punto de sacudir el materialismo puro, que en su momento fue soberano. De ahí la actual ola de espiritualismo, pero de un espiritualismo que no siempre es de buena ley. Muchas personas tratan de satisfacer a la vez su necesidad de creer en algo y su deseo de comprender y, además, su gusto por lo maravilloso, y piensan seguir siendo cristianos al tiempo que adaptan el cristianismo a las teorías filosóficas o científicas de moda. Uno habla del impulso vital, otro de la relatividad, otro solo se interesa por las radiaciones, ondas o fluidos, otro se apasiona por la energía atómica y las teorías electrónicas, otro se inclina por grandiosos conceptos de la evolución biológica, y cada uno intenta componer con esto o aquello un sistema que mantenga algún contacto con la Biblia, pero que le permita no sentirse atrasado.

La etiqueta de cristianismo cubre así los más diversos productos de la especulación humana. En realidad, tales compromisos hacen decir lo que se quiere tanto a la ciencia verdadera como a las Escrituras. Sus autores se engañan con vanas comparaciones; por lo general, omiten distinguir entre los hechos bien establecidos y las deducciones que se extraen de ellos; finalmente, rebajan a Dios al nivel del hombre y razonan como si fueran Dios. No olvidemos que la verdad es inmutable, porque es la plena revelación de Dios en Jesús; mientras que el conocimiento humano, en lo que tiene de más fundado, solo puede proceder de observaciones fragmentarias, de experiencias de tanteo y de hipótesis que se destruyen unas tras otras. Que una

teoría esté de acuerdo con la Biblia, tanto mejor, pero no es ese acuerdo lo que da crédito a las Escrituras, y cuando la teoría en cuestión haya dado paso a otra que tal vez contradiga las Escrituras, el creyente no tendrá motivos para sentirse perturbado. Una vela encendida en pleno mediodía no añade nada al sol, un humo pasajero no lo eclipsa, y permanece inalterado cuando la vela se apaga y el humo se desvanece. En cuanto a la ambición del espíritu humano de inmiscuirse en las cosas divinas, caracteriza al «conocimiento falsamente llamado así» (1 Tim. 6:20).

Por último, algunos dan rienda suelta a su imaginación a través de las profecías de la Biblia, sin preocuparse en absoluto por la armonía de las Escrituras (2 Pe. 1:20); la interpretación de estas profecías, carece visiblemente de «amor y de sensatez» (2 Tim. 1:7) que es indispensable. Los conceptos más extraños encuentran mentes crédulas dispuestas a proporcionar adeptos entusiastas. «Su insensatez se hará manifiesta» a su debido tiempo (2 Tim. 3:9).

4 - Permanecer en las cosas que hemos aprendido

Cristianos, mantengamos nuestros oídos sanos: no dejemos que se invadan por la funesta comezón. Familiaricémonos con la Palabra: cuanto más la leamos, más nos demostrará su autoridad divina. Aferrémonos a la «sana doctrina» (1 Tim. 1:10); «si lo que desde el principio oísteis permanece en vosotros», desea el apóstol Juan para los «hijitos» (1 Juan 2:24).

Como los bereanos (Hec. 17:11), comparemos cuidadosamente con las Escrituras todo lo que se nos presente en materia de novedades religiosas. En muchos casos, un examen elemental bastará para que lo rechacemos (1 Juan 2:20-21). En los casos más sutiles, recordemos estos versículos: «En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios» (1 Juan 4:2-3).

Jesucristo, el Señor Jesús, el Hijo de Dios, el verdadero Hijo del hombre, él es la verdad. Él no es una abstracción, sino una Persona; vivamos en su intimidad. Guardemos su Palabra y no reneguemos de su nombre. Conozcamos bien su voz, la del buen Pastor; sus ovejas a «extraño no seguirán, sino antes huirán de él» (Juan 10:4-5, 27).

No nos sorprendamos al ver a muchos persiguiendo fábulas; el apóstol inspirado nos lo advirtió desde el principio. Pero nos dice a cada uno, como a Timoteo: «Pero

tú, persevera en lo que aprendiste y fuiste persuadido... Pero tú, sé sobrio en todo»
(2 Tim. 3:14; 4:5).